

El último, que hizo su ingreso en 5 del pasado Diciembre, es el Muy Iltre. Sr. Dr. D. Cayetano Sentís, Canónigo de nuestra Santa y Primada Iglesia Catedral.

Y pues ya teneis descrita, bajo todos sus aspectos, nuestra modesta situación, permitidme que descienda del estrado, y cierre.

HE DICHO.

DISCURSO

LEIDO POR EL MUY ILTRE. SR. DR. D. ANTONIO BALCELLS Y DE SUELVES, EN LA SOLEMNE SESIÓN PÚBLICA DE LA SOCIEDAD ARQUEOLÓGICA TARRACONENSE, CELEBRADA EN 30 DE ENERO DE 1902.

SEÑORES:

No os pido que me seáis benévolos. Siempre lo sois conmigo y de esta vuestra benevolencia guarda mi corazón recuerdos indelebles que atesoran para vosotros deudas de gratitud, para satisfacción de las cuales, con hondo pesar de mi alma me declaro insolvente. Pero, lo que si deseo es que os hagáis cargo de las circunstancias particulares y casi anómalas en que al dirigiros esta oración me hallo colocado. Avezado es cierto á hablar en público, suelo solo hacerlo confeccionando de momento la forma é hilvanando, así que las necesito, las frases que han de transmitir mi pensamiento á los que forman el auditorio de la cátedra ó del púlpito; y eso me da entonces cierta libertad ó desahogo, del cual me veo privado hoy que por exigencias de la presente solemnidad, he tenido que confiar al papel las ideas que debo proponeros; y esto ¡porque negarlo! me coharta, me cohibe y no deja á mi espíritu aquella espontaneidad de movimiento que yo deseo para hablar con mis amigos. Y ¡Señores! permitid que os confiese mi flaqueza. El hablar me expansiona: el escribir me concentra.

Por otra parte, el ocupar hoy este lugar que tantos otros antes de mi en anteriores solemnidades de nuestra

Sociedad han honrado; el dirigir mi voz á una tal selección de oyentes, que otras veces se consideró digna de sabios que os hablaron el lenguaje de la ciencia arqueológica, y el exponer mis pobres conceptos en la ocasión en que verdaderas eminencias solían hacer brillar luminosas ideas; ¡he de deciros la verdad!... me abruma. Colocado por exigencias de la historia de nuestra Sociedad entre una generación que desaparece, dejando tras sí una estela de triunfos literarios y de triunfos científicos, y de una generación que nace con todo el entusiasmo de un corazón virgen y de una inteligencia limpia de preocupaciones y sedienta de grandes ideales; yo que ni participo de los triunfos de los unos, y á quien las realidades de la vida amortiguan ya algún tanto los entusiasmos de los otros, me encuentro hoy fuera de lugar, sin sentirme con ánimos para continuar la serie gloriosa de discursos que aquellos pronunciaron, ni veo en mi aptitudes para marcar á los demás el rumbo que deben seguir para alcanzar á contemplar los hermosos horizontes de la ciencia arqueológica.

Pero han querido mis compañeros de la Directiva, con una voluntad de la cual quiera Dios no les haga arrepentirse mi rudeza, que fuese yo el que después de un paréntesis de algunos años de letargo, causado por circunstancias que yo no debo examinar, inaugurara hoy de nuevo los trabajos de nuestra sociedad y sirviera de escabel á los que después de mí, hoy y en los años sucesivos, hayan de honrar esta solemnidad reglamentaria, dirigiéndoos la palabra. La naturaleza de este encargo me dispensa de formar profundas lucubraciones, y me autoriza para levantar solamente un pedestal sobre el que los maestros del saber y los artistas de la palabra asienten después las portentosas creaciones de su genio y basen la elevada columna de sus investigaciones científicas, y á trazar solo el pentágrama en el cual otros inscribirán las notas de su saber para que constituyan la partitura de un armonioso acorde de cultura é ilustración. En el basa-

mento, pues, que voy á cimentar, echareis quizá de menos las filigranas de la poesía, los variados motivos de ornamentación de la elocuencia y los bajos relieves de la erudición, pero encontraréis en él, así lo espero, las severas líneas de la verdad y la solidez del raciocinio lógico. Disertaré por tanto, en general, como está reglamentariamente anunciado. De la Arqueología: su influencia en el campo de la religión y de la ciencia; elemento vital para nuestra ciudad. Quiérame Dios bendecir y vosotros escuchar; y comienzo mi tarea:

SEÑORES:

La vida religiosa se basa siempre en la tradición. Y esto es aún más cierto en la única religión verdadera, en la única religión digna de este nombre; en la única religión que por la misericordia de Dios profesamos todos nosotros: la católica. Una revelación primitiva que después de oscurecida por las pasiones y desvíos de los hombres fué restablecida, aclarada y completada por el mismo Dios hecho hombre, ha venido conservándola la tradición al través de los tiempos en las generaciones sucesivas. La tradición religiosa forma como una cadena de preciados eslabones, tendida á través de los tiempos por toda la cristiandad, y la ciencia arqueológica, esbrosando los monumentos de la antigüedad, desentierra los primeros eslabones de dicha cadena, apartando el polvo que sobre ella pudieron acopiar los vientos de la veleidad humana y arrancando la maleza de errores que en ese polvo germinaran. La tradición es una corriente que continuando en variadas direcciones á través de las edades sostiene y fecundiza las creencias de los fieles; y la arqueología bordeando esa corriente recoge las pepitas de oro que sus aguas han ido depositando por todas partes y las reúne y estudia para apreciarlas en un justo valor. ¡Ay! que de riquezas perdidas lloraría la religión si no fuese por el concurso de la arqueología.

Las creencias católicas forman un todo armónico que

aún cuando haya podido irse manifestando á medida que los siglos se sucedieran, y haya podido reverberar con mayor brillo á medida de la ilustración religiosa de los fieles y al compás de las definiciones dogmáticas de la iglesia, existía ya en germen y como en sublime síntesis desde el primer momento de la aparición del cristianismo sobre la tierra, y se ha conservado siempre constante y perenne apesar de las vicisitudes de los tiempos y de las contrariedades de los hombres. La ciencia arqueológica tiene y desempeña la hermosa misión de ir buscando y recogiendo los testimonios esparcidos por doquiera, testigos mútuos de esa constancia de doctrina y constancia de creencia; y ora leyendo en los surcos de las piedras, ora descifrando el geroglífico de las ruinas monumentales, cuando interpretando los símbolos descoloridos de los lienzos, cuando recogiendo los objetos que se sirvieron los primitivos cristianos para la profesión de su fé; va ordenándolos y ensartándolos, y forma por decirlo así un símbolo gráfico de los dogmas del cristianismo, menos autorizado tal vez, pero no menos elocuente que el Credo de los apóstoles, ni menos expresivo que el símbolo de Nicea.

Y las costumbres? Nada hay nuevo en la religión. Ha cambiado el modo de ser de los pueblos, se han alterado las instituciones y organismos de los estados, y se ha mudado el orden de vida de los hombres. Más la Arqueología pregoná con firmeza, que las costumbres y prácticas cristianas son hoy en lo esencial las mismas que veinte siglos atrás. Ella, desenterrando del suelo los cementerios y catacumbas con mayor cuidado é interés que los buscadores de oro remueven la tierra para seguir el aurífero filón; esplicando las ruinas de los edificios, y leyendo las truncadas inscripciones de las lápidas, reconstituye con sorprendente exactitud las escenas de la vida cristiana en todos los siglos de la historia cristiana, y nos da de la misma datos tan precisos y minuciosos como casi no acertara á dárnoslos mejores,

si uno de nuestros antiguos hermanos en la fé, conservado largos siglos en una especie de sueño hipnótico, despertara hoy de repente para referirnos las sencillas ceremonias del culto litúrgico en las catacumbas, ó las solemnidades nacientes de las funciones que se celebraban en las primeras basílicas. Y así enumerando datós, computando fechas, coordinando recuerdos, componiendo noticias, nos presenta como en animado cinematógrafo toda la vida cristiana en esencial conformidad á través de los siglos y de las edades.

SEÑORES:

Grandes son los servicios que la Arqueología presta á la religión, pero no son menores los que presta á la ciencia. Todo aquello que contribuya á extender los límites en el campo de los conocimientos humanos es un bien para la ciencia, y en este caso no podemos menos de atribuir este bien á la Arqueología que desenterrando del polvo de las antiguas bibliotecas ó descolgando de las anaquelarias de olvidados libreros los códices donde la antigüedad consignara el fruto de sus estudios, vá coleccionando un sin fin de noticias, que de otro modo hubiesen pasado para nosotros desconocidas ó se hubiesen perdido en la noche de los tiempos. Pero el arqueólogo constante é infatigable con una perseverancia que asusta y una laboriosidad que admira, se constituye en policía de la ciencia, y registrado acá y preguntando acullá, inspeccionando esto ó restaurando aquello, comparando y discutiendo, reconstituye con admirable precisión todo el proceso científico de las edades precedentes, y muestra la gradación de los conocimientos, y la continuación de las investigaciones, y el enlace de los sistemas, y la sucesión de las escuelas. Dígase lo que se quiera sobre la utilidad é inutilidad de los conocimientos arqueológicos; pero lo cierto es que el sabio no puede en absoluto prescindir de ellos sin que se vea aislado, sin precedentes de donde derivar su saber, ni normas hacia donde llevar

sus investigaciones. Generación espontánea de un detritus científico acumulado por los siglos, sería también el tal sabio una simple germinación de semilla arqueológica.

Es hermoso el camino que sigue la ciencia para el descubrimiento de la verdad: con la rigidez del raciocinio y la inflexibilidad de la lógica compara y parangona entre sí ideas, al parecer, desemejantes, para extraer de la comparación un punto común que nos era desconocido. Así como el físico aproxima los polos opuestos de un electrodo y con esta aproximación hace saltar la chispa, produciendo fuego de dos fríos metales, así el filósofo aproxima dos principios, cuya naturaleza conoce, y de esta aproximación brota una nueva verdad distinta de las dos primeras, pero que estaba implícitamente contenida en ellas, necesitándose solo que el contacto cerrara el circuito formado por la hermosa cadena de las verdades científicas, para que ella brotara con mágico esplendor. Más, esas conclusiones ideales necesitan muchas veces ir acompañadas de su experimentación práctica, no por deficiencia del raciocinio que las produjo, sino por deficiencia en los medios de que hemos dispuesto para ordenarlo; y así un ingeniero calculará científicamente la fuerza de resistencia de un material, pero no se escusará al terminar la obra de someterla á pruebas repetidas y seguras. A darnos esta prueba y á proporcionarnos esta seguridad viene muchas veces la Arqueología, que con sus datos consagra los cálculos formados por el sabio y patentiza lo acertado de sus conclusiones. Ellas requieren muchas veces la fijación de una fecha, y la Arqueología nos la enseña escrita en borrosos caracteres en una piedra que yace arrinconada en el montón de ruinas que señala el emplazamiento de un edificio. Nos falta quizá un nombre, y la Arqueología nos lo presenta en una medalla corroída por el orín y la humedad. Se sospecha el paso de un pueblo en sus trasmigraciones históricas, y la Arqueología va señalando sus pisadas con

restos de construcciones que son como las piedras milia-
rias en el camino de la historia de dichos pueblos.

Son tan grandes los servicios prestados á la ciencia por la Arqueología, que no hay rama alguna científica que no le sea deudora de alguno de sus adelantos ó que no haya experimentado la utilidad que en el campo científico reportan los estudios arqueológicos. Pero hay más aún. Hay algunos ramos del saber que deben su misma existencia á la ciencia arqueológica. Vosotros, cuya ilustración corre parejas con vuestra laboriosidad, sabreis harto facilmente lo que representa en el campo de la investigación científica el estudio de las monedas, la explicación de los geroglíficos ó lectura de las lápidas, la determinación de la indumentaria, las manifestaciones del arte á través de las edades. Pues yo os invito á pensar que hubiera sido de todas estas y muchas más manifestaciones de la actividad científica sino existiera la ciencia arqueológica. Yo no se si algunas de ellas hubieran nacido sin la Arqueología, pero si puedo asegurar de algunas que deben reconocerla por madre, y de todas, que, si viven, llevan una vida parásitaria pegada y chupando la savia de la ciencia arqueológica, como la hiedra que se agarra al tronco y chupa su savia de las fibras de la robusta encina.

SEÑORES:

Vengamos ahora á nuestra ciudad para la cual la ciencia arqueológica es con toda propiedad un elemento vital de gran empuje. ¿Habeis visto el noble orgullo con que las casas linajudas muestran los pergaminos en que constan las ejecutorias de sus títulos y las actas de las proezas de sus antepasados, y ostentan los escudos blasonados en cuyos cuarteles van grabados los orígenes de sus casas y los emblemas de sus virtudes cívicas, orladas con leyendas que retraten el alma de aquellos antiguos paladines que los embrazaron en la lucha y los hicieron prevalecer en las batallas? Pues eos aquí el sig-

nificado que para Tarragona tienen la multitud de monumentos arquitectónicos que encierra, y sus hijos pueden enseñarlos con santo entusiasmo, como documentos fehacientes de la antigüedad de su linage y de la grandeza de sus antepasados. Esas murallas ciclópeas de tosca construcción y forzada presencia que á trozos circundan la parte norte de nuestra ciudad, remontan nuestros orígenes hasta perdernos en la bruma que enmantilla los tiempos primitivos. Aquellas construcciones que desenterramos del suelo al abrir nuevas calles ó al cortar la loma que dió materiales para la construcción de nuestros muelles, son testimonio fehaciente de la población patricia que se aposentara en nuestra urbe. Los restos de escolleras que aun aparecen en algunas casas cercanas al ex-fuerte real y á la iglesia de capuchinos traen á nuestra noticia las naves romanas que aportaron á nuestras playas riquezas de comercio y contingentes de guerra. Recorred nuestras calles admirando los soberbios paredones de antiguos alcázares, leed los nombres esculpidos en las lápidas repartidas por doquiera, y en ellas encontréis el recuerdo y leereis los de esclarecidos imperantes, próceres distinguidos, afamados atletas, victoriosos guerreros, sabios inmortales, publicistas ilustres, y santos admirables.

¡Somos pobres! Quizás alguien lo crea así. Una á una han ido desapareciendo las riquezas, cuyo emporio fué algun tiempo la antigua Tarraco. No poseemos grandes capitales ni poderosas fuentes de producción; las vías ferreas que endogalan á Tarragona con ferreo brazo son como otras tantas sangrias que sacan de su cauce natural los productos que debieran afluir á nuestra casa. Pero aun cuando todo esto sea verdad, yo no se si puede decirse que somos pobres; porque poseemos la riqueza de los recuerdos y la valiosa posesión de preciados ejemplares artísticos, que nos ha conservado la solicitud de sabios arqueólogos, cuyos nombres yo no quiero repetir porque se conservan, sin duda, en la memoria de todos

vosotros, y para los cuales no vacilo en creer guarda vuestro corazon tesoros grandes de aprecio y gratitud. Hoy cabalmente que el aumento de cultura y de educacion artistica han ido mejorando el valor de apreciacion hacia los objetos consagrados por decurso de los años y por la religion de los recuerdos; hoy no es posible desconocer el valor y la riqueza que representan el caudal reunido en los ejemplares de nuestro grandioso museo, y las ruinas de nuestros antiguos edificios. Aquellos paredones descarnados, en cuyas rendijas crece la yerba y anidan las aves de rapiña, son maspreciados que si estuvieran contruidos de metales preciosos. Aquel trozo de marmol que yace arrinconado entre los escombros de una ruina y acusa restos de una escultura pagana, tiene mas valor que si estuviera incluido en hermoso reliquiario de oro y piedras preciosas. Aquella moneda borrosa y desgastada, aquella lamparilla de fragil barro, aquella espada enmohecida, aquel dije diminuto que se encierra en las vitrinas del museo, son otras tantas pepitas de oro que cual buscadores depreciado metal viene á descubrir multitud de viajeros, curiosos unos de todo lo que átesora celebridad, y verdaderas eminencias los otros, conocedores de lo que vale el mérito y la antigüedad.

El porvenir. He aqui el gran problema para los pueblos que no saben prevenir la prosperidad del tiempo futuro con la ordenación del presente. El porvenir que asusta á todo aquel cuyas fuerzas son impotentes para encauzar la concatenación de los sucesos; el porvenir seria nuestro, si supieramos sacar fruto de los valiosos elementos que presta á nuestra sociedad la ciencia arqueológica. Procuremos, si quereis, el avance de toda prosperidad material, pero no olvidemos que ella resulta huera y se convierte en frugal burbuja de jabon si no responde á otra actividad en el orden de los ideales y de la ciencia. Si pudiéramos por tanto lograr, como pretende nuestra Sociedad, infiltrar en nuestras generaciones la cultura histórica, artistica y filosófica que proporciona la Ar-

queológica, si pudieramos compenetrarnos todos de este respeto á la antigüedad, esa veneración por el arte, ese cariño para todo lo grande que nace del conocimiento de los ejemplares arqueológicos. Si llegáramos á vernos retratados en los mismos, pretendiendo conservarlos como recuerdos de familia, y llegáramos á considerarlos, como algo nuestro, que formara con su significación y su sentido una como parte integrante de nuestro ser social, ¡Ah! entonces no desaparecerían, como tristemente han ido desapareciendo, mil y mil preciosidades que han caído víctimas de la ignorancia, de la rudeza y de la avaricia de algunos de nuestros hermanos. Entonces el extranjero que al llegar á nuestras playas encuentra luego á faltar un sin número de comodidades que le atraían en otros sitios, ó se ve rodeado por las molestias que proporciona la curiosidad insana de los mozalvetes, la pedigrüña sordidez de los pequeños y la indiferencia de los grandes; vería como de antemano se había procurado adivinar sus deseos y conocer sus necesidades, á fin de satisfacerlas y hacerle grata su permanencia entre nosotros; encontraría hasta en los chicuelos de las calles espontáneos cicerones, que con la formalidad del que tiene la conciencia de hacer una buena obra y con los cultos modales del hombre social, le facilitarían la visita de nuestros monumentos religiosos y profanos, que son honra y préz de Tarragona.

* * *

Amemos, señores, la antigüedad, que lleva consigo el sello de la formalidad y de la constancia; amemos el arte que con variadas formas nos ofrece el espectáculo y nos proporciona el placer estético. Pero al amarlo, no olvidemos que todo viene de Dios permanente y eterno, grande en su esencia y grande y bello en sus manifestaciones. Entre las piedras que la arqueología ha cobijado bajo su manto protector, las hay regadas con sangre de atletas de la fé, que se engrandecieron con su muerte al confe-

sar á su Dios entre el tormento; y cuando encontremos esas piedras, besémoslas con cariño, propongámonos hacer grande nuestra ciudad, postrándola ante el Señor. Entre los monumentos que la ciencia de la antigüedad ha catalogado en nuestra casa como maravillas del ingenio humano, se levantan en la cúspide de nuestra meseta los sólidos muros de nuestra catedral, en cuyo emplazamiento y fundamentos tenemos demarcados los del antiguo arce romano, en cuya arquitectura se encuentran expresados todos los primores de los varios órdenes artísticos conocidos, y en cuyas joyas se pueden admirar recuerdos históricos de los que un día fueron grandes en el campo de la virtud, del saber y de la fuerza. Gravemos en nuestra memoria y en nuestro corazón la hermosa síntesis de nuestras glorias que constituye nuestra grandiosa Basílica, y al proponernos hoy, como se propone nuestra humilde Sociedad Arqueológica Tarraconense, trabajar para esclarecer y renovar nuestras glorias, juramentémonos todos por Dios y por Tarracona.

TRES ARQUEÓLOGOS TARRACONENSES

Luis Pons de Icart, Juan Francisco Albiñana,
Buenaventura Hernández Sanahuja.

Disertación leída en la solemne sesión académica celebrada por la Sociedad Arqueológica Tarraconense el día 30 de Enero de 1902.

Invitado por la Sociedad Arqueológica Tarraconense, más por razón de mi cargo que por propios merecimientos, para tomar una parte activa en esta sesión inaugural, que bien pudiera titularse fiesta del renacimiento de esta institución benemérita, acepté con verdadera complacencia la honra que se me ofrecía, porque en ella en-